

Hubiera sido un día cualquiera en esa antigua zona de Santiago si no hubiese sido por el sol de verano en pleno invierno y porque de hecho no hubo bocinazo, ni aviso alguno, solo el sonido del metal contra metal que se extendió por el lugar cuando dos autos chocaron en plena intersección dando un horrible espectáculo. Apenas un grito ahogado se escuchó, quizás no era de ahí, y luego silencio absoluto. La gente lentamente se acercó a los autos con paso curioso, sin siquiera susurrar palabra. En el piloto del primero, un Toyota corolla, estaba incrustado el segundo, un Suzuki Jimny del año y goteaba la sangre roja y caliente al asfalto gris. Un semáforo en rojo sin respetar había sido la razón. El aire acondicionado en mal estado, la radio 89.7 FM que no parecía dar buenas canciones a esa hora del día y la ansiedad acumulada, otras tantas. El motor del Jimny humeaba negro levemente y el sol de verano calentaba la calle como sartén. Con una vista así en frente cualquiera habría acudido a ayudar y a arreglar lo que pasaba. Pero no pudo ser. No, porque apenas el accidente sucedió, de entre la gente aparecieron los estudiantes acercándose hacia los autos, abalanzándose sobre los lesionados. Los primeros en llegar se acercaron por el sur, Uno era alumno de medicina de la universidad Diego Portales y otros dos del cuerpo de bomberos de Santiago. De último año eran por los desafíos que se les aparecían. El primero esperó a que los segundos abrieran las puertas abolladas del Jimny para luego intentar saber, palpando el cuerpo tieso, atrapado aún por el airbag blanco y el humo del motor, si había algún tipo de fractura, esguince o pérdida de conciencia. Desabotonó la camisa, le tomó el pulso y revisó sus pupilas. Luego, aquello que había hecho lo anotó en su perfil de alumno en su iphone XX. El desafío de “medir signos vitales en un escenario complejo” luego marcó como completado y llovieron los puntos. Después de eso se retiró en silencio por donde vino. Un alumno de enfermería de la universidad San Sebastian llegó también al lugar. Se dirigió al otro par de cuerpos que estaban en el Corolla. Hicieron lo mismo que el aspirante a médico y luego se fueron de la escena observando aumentar sus puntajes en sus celulares y tablets. Al cabo de un minuto tres alumnos de periodismo de la PUC, que habían llegado a la escena corriendo tras escuchar el choque, estaban eufóricos y no se podían controlar, se miraban entre ellos sin saber por dónde empezar, esta sería la nota que les daría los preciados puntos del desafío final. Se acercaron a los transeúntes, que observaban desde la vereda hacia los autos, a hacerles preguntas. ¿Que acaba de pasar?, cuéntenos ¿Cómo es que esto afecta a los planes urbanísticos?, ¿Cree que esto significa un problema a la ley de tránsito? ¿Cómo se siente usted con esto? ¿Como fue el choque? ¿Cómo cree que se sentirá la familia de los afectados al saber la noticia? ¿Qué consejos les daría a ustedes a otras personas para que esto no volviera a pasar? ¿Qué opina de los accidentes de tráfico? Y muchas, muchas más, ahogando el lugar de dudas, susurros y respuestas inconexas. Su desafío era “Cubrir un evento improbable de la manera más extensa posible” dado a aquellos que cursaban primer año de la carrera. Había que sacar la mayor cantidad de información. Cabe destacar el actuar de uno de ellos que tuvo el descaro aún más grande de acercarse al conductor del Jimny, un hombre joven de no más de treinta años, y preguntarle porque se había saltado la roja y que creía que le podría llegar a pasar. El balbuceo del aún semi conciente hombre quedó registrado por el reloj inteligente del estudiante que se fue satisfecho mientras lo integraba en su perfil para escribir la nota al respecto. Un niño entró en llanto y su grito se escuchó por el lugar. La mujer se alejó rápidamente con él en brazos.

El tiempo transcurrido desde el choque no alcanzaba los cinco minutos, cuando más alumnos comenzaron a llegar. Estos eran dos sociólogos de la universidad de Chile que

siguiendo el paso de los periodistas acosaron a los curiosos. Pero con otra indole de preguntas, volviendo a llenar el silencio que reinaba en la intersección de Huérfanos con Miraflores. ¿Esto es causa de la idea preconcebida de que el auto predomina en un espacio urbano? O ¿Es consecuencia de la atención dirigida a nosotros mismos? ¿Que cree que le falta al hombre para abandonar prácticas egoístas como estas? ¿Si trae tanto mal, porque seguimos aceptando que existan este tipo de tecnologías? ¿Qué haría usted si tuviera en su poder eliminar las calles e implementar un sistema seguro para todos? El desafío para ellos era claro, “lograr tener una idea fiel de cómo la gente se comporta en un escenario estresante o poco común”. Las personas no sabían muy bien qué contestar ante sus extrañas preguntas, pero apenas unas frases bastaban para que el alumno estuviera contento y se fuera tranquilo por entre la multitud. Al rato después llegaron jóvenes aspirantes a mecánicos del DUOC UC que sin siquiera pedir perdón a quienes empujaban al pasar se abalanzaron sobre los capos de los dos autos. Los abrieron, comenzaron a sacarle fotos a los daños e intentar descifrar que habría que reponer para que el motor volvería a funcionar como antes, apenas miraron un poco entre los motores humeantes, anotaron un par de líneas y se fueron. El desafío de “analizar el motor de un auto chocado” estaba completo. Ellos no se dieron cuenta, pero con la poca habilidad que tenían lo único que lograron fue empeorar el estado en que habían quedado aquellos autos.

Los mecánicos se fueron y aparecieron estudiantes de cine de la del desarrollo. Con sus cámaras de video y celulares. Sin decir palabra y como niños por un dulce se peleaban y se empujaban por quien conseguía la toma perfecta para el desafío del momento que era “Documenta un suceso único”. Unos se subieron al paradero y otros al segundo piso de uno de los edificios aledaño. Otros se decidieron por encuadrar muy de cerca las caras de los que observaban parados en la vereda. Documentado todo por la toma más cruda y poética. Y seguían acumulándose, porque se sumaron también los psicólogos. Que al igual como lo hicieron los médicos y los periodistas se acercaron a los involucrados directamente en el choque. Les hicieron todo tipo de preguntas imposibles de responder en el estado en que se encontraban. El que peor estaba ya había perdido la conciencia por la excesiva pérdida de sangre, no sin haber antes intentado gritar por su vida. Gritos que habían sido acallados por las enfermeras del comienzo, por supuesto, que para poder sacar bien los detalles que necesitaban no podían hacerlo con ruido. Ahora eran alumnos de ingeniería de la universidad Autónoma, dos para ser exactos, que al llegar al lugar y entre la gente aún, se susurraron unas palabras y luego se pusieron a trabajar. Uno se acercó a mirar las huellas dejadas atrás por el caucho quemado al frenar, midiendo con pasos su longitud. El otro joven se aproximó a la hendidura que generó el jimny en el Corolla, se fijó en el metal y su calidad mientras lo palpaba y lo examinaba. La calidad del material, la velocidad de apertura del airbag. Todo lo analizaron tal cual detectives. Esto para saber si acaso, si los dos autos hubieran estado confeccionados con otros materiales, la historia habría sido distinta. Si se hubiera evitado la sangre. El desafío anunció que era correcto; si los armazones no hubieran sido de un metal de baja calidad como lo eran los de esos autos quizás la historia no habría sido esa. Los jóvenes ingenieros se juntaron y compartieron sus descubrimientos, sonrieron levemente ante lo aprendido por el desafío completado y luego se marcharon entre la multitud. En su lugar apareció un urbanista de cuarto año, que en su perfil tenía el desafío de detectar una intersección problemática. Se dió un par de vueltas, observó detenidamente los tiempos de los semáforos, calculó su coordinación y tomó nota de todo lo que obstruía la vista de los automovilistas en aquel lugar. Memorizó el nombre y dirección

de las calles, luego se apoyó en una esquina y completó su misión. El perfil brilló y recibió de premio un título de urbanista. Levantó la mirada al cielo en alegría y luego se fue del lugar. Cuando este último hubo desaparecido llegaron los artistas y actores. Casi como si hubieran sido llamados al mismo tiempo, pero no, por coincidencia nada más. Los primeros eran dos que andaban juntos, completando desafíos grupales. La escena del choque les permitía completar el desafío de “con elementos urbanos crea una obra efímera”. Al observar notaron que la ropa de las personas presentes era de muchos tipos distintos de colores. Seleccionando y acercándose a aquellos que iban vestidos de rojo les preguntaron si podían ayudarles tirándose al piso alrededor de los autos. Muchos accedieron. Luego de que todos estuvieran en sus posiciones uno de los artistas subió al segundo piso del edificio aledaño y sacó una foto a la imagen que se formaba. Ambos amigos subieron la foto a sus perfiles y les fueron concedidos los puntos específicos. Para el alumno de teatro que había llegado, su desafío a la situación era chico: “Imita la cara y expresión corporal de un moribundo”. Miró unos minutos a uno de los accidentados, el piloto del Corolla. Se recostó en el asfalto e hizo mímica de la postura observada. Le pidió a una persona ahí que le sacara una foto. Esta la subió, recibió su premio y se fue. Pasaron alumnos de derecho, no tenían desafíos por cumplir en ese lugar. Siguieron su camino. Un alumno de fotografía siguió después. Con cámara en mano se concentró en la tarea de conseguir el encuadre más curioso y confuso. Puesto que esa era su misión: “Hacer una foto que muestre una situación pero que no se reconozca el contexto” y así lo hizo. Con un lente gran angular, posicionándose en el suelo y apuntando hacia arriba. Logró capturar las blancas nubes, el cielo extenso, los metales grises, la sangre roja y el accidentado con su cabeza hundida en el airbag. Pero él no se contentó con solo esa foto, se quedó en el lugar para lograr capturar más imágenes. Sabía que probablemente pronto la gente se dispersaría y que llegaría la ambulancia, en ese momento conseguiría más puntos. Mientras tanto; silencio.

Una vez que todos abandonaron el lugar a pasos arrastrados y lentos, los autos y los heridos quedaron abandonados. Entonces llegaron al lugar la ambulancia con los paramédicos. También llegaron los periodistas y los carabineros. De los accidentados uno había muerto, el piloto del Corolla. El del Jimny estaba a punto de perder la conciencia y el copiloto del Toyota estaba en un estado de shock. Quien sabe, quizás no tanto por el impacto del choque como porque su amigo había muerto. Se los llevaron a los tres, los subieron a las camillas y los metieron a los furgones. Las cámaras de los medios capturaron un par de imágenes de los cuerpos siendo extraídos de los autos y uno o dos testimonios de los testigos. Luego la grúa municipal llegó y se llevó los autos destruidos.

Hubiera sido un día cualquiera en la antigua calle si no hubiera sido por el caliente sol de verano que hacía en época de invierno y por la mancha de sangre que aún quedaba en el asfalto tras el reciente accidente. El alumno de fotografía que aún seguía en el mismo lugar, apoyado contra la esquina del edificio, se regodeaba de felicidad en silencio. La pantalla de su celular brillaba con los puntos que se acumulaban por todas las fotos que pudo capturar en ese último momento mientras se llevaban los cuerpos y sobre todo por la del hombre de azul trapeando la sangre de la calle ese día caluroso de junio de 2049.